

III

A veces me pierdo, a veces me nombro

Me pierdo cada atardedecer
por esta rambla de recorrido previsible
intentando acompasar la respiración de las cosas
entre un silencio vegetal que vela
las ruidosas formas de incontables escombreras
que asoman aquí y allá
imponiendo su presencia ominosa.

Me pierdo,
y acaban mostrándose también
desvergonzadas construcciones de hormigón
cubiertas de obscenas pintadas,
algunos aterrazamientos deconstruidos
y unas tuberías metálicas ruinosas
que ya sólo conducen ratas
a las humildes casas alineadas
junto a la carretera de la vida corriente
sobre la que vuelan los vencejos
una y otra vez, una y otra vez,
a ras de melancolía.

Y a ras de melancolía
crecen con urgencia juncos y cañas
para ocultar tanta ignominia,
y en el crepúsculo remueven el aire

con un sonido de roce de papeles
que se va agrandando hasta llenarlo todo
mientras las duras higueras
impregnan el aire de olores y promesas
de tiempos nunca idos.

En medio de esta excepción sin propietario
contemplo y recuerdo,
contemplo a bulto, sin precisión alguna,
y de vez en cuando recuerdo
algunas navegaciones imposibles,
algunas derivas, calles, parajes, encuentros,
o aquella niña-mujer de pechos escasos
y generosidad infinita
con la que gustaba ir a tomar el sol a lo oscuro.

Vuelvo ahora cada anochecer,
entre una oscuridad ya estéril,
al mismo jardín de bóveda infinita
por la que pasean satélites
entre mares de estrellas
de nombres poco probables
con la misma lentitud
con la que a menudo me sueño
como un punto suficiente
que trazara un leve surco rectilíneo
en una blanda blancura sucia
límite preciso de una nada
desde la que me nombro.